

NOTICIAS DE LA FACULTAD

« Humanidades », con motivo de publicarse el vigésimo volumen

La revista universitaria *Humanidades* ha venido sirviendo un anhelo de plenitud de cultura, afirmación que debe entenderse, no en el sentido de su exhaustiva realización, por cierto, sino como aspiración de un saber integral, filosófico y científico a la vez.

La Dirección y colaboradores fueron comprensivos intérpretes de un movimiento de nuestra educación, tendiente a recobrar el ritmo de la tradición idealista, dando dignidad y preeminencia a los valores espirituales.

Hace diez años, en el instante de la fundación de esta revista, el nombre estampado en la portada era ya un acto temerario, provocativo del juicio adverso o escéptico. Hoy existe una conciencia general que hemos contribuido a formar y conforme a ella, la cultura humanística está en la base de toda educación pública y es parte del patrimonio espiritual común, cualquiera sea la carrera intelectual o manual a seguir, pues que es inherente a la condición de hombre.

Hay un mínimo de saber humanístico — referente a los problemas históricos, filosóficos, literarios, pedagógicos — que debe difundirse entre todos los hombres, cualquiera sea su origen, rango o destino, porque es inconcebible su existencia libre y consciente sin este elemental conocimiento. Tal ignorancia existe, sin embargo, y por eso la consideramos una mancha de la civilización contemporánea.

Humanidades tiene otro significado. Siendo una revista universitaria, a través de sus páginas el lector puede comprobar el

siguiente hecho no exento de valor. Los profesores de la Universidad de La Plata y de esta Facultad, actúan más allá de la cátedra, dándose en la labor escrita y asumiendo la responsabilidad por las ideas que enseñan. Ellos irradian exteriormente sus preocupaciones espirituales y el pensamiento que elaboran y, a su vez, escritores y autores que no forman parte de la Universidad, han escrito en esta revista y, de este modo, las manifestaciones de la cultura exterior obtienen, sin cesar, resonancia en las aulas.

Tal comunicación espiritual entre la cátedra, seminarios, laboratorios y la vida, resultará de renovados beneficios para la Universidad, concebida ésta como la casa de estudios y de meditación y crítica abierta a todas las ideas, para que sean investigadas y sometidas a examen, alimentándose así la pujante vitalidad de la cultura superior.

En las páginas de los veinte volúmenes de esta revista, alternan los nombres consagrados con los nuevos valores, norma directiva que practiqué desde el primer número, y que en este vigésimo sigo aplicando, convencido de que es el modo adecuado para asegurar su vida próspera.

A los colaboradores les expreso públicamente, en nombre de la Facultad, el reconocimiento a que se han hecho merecedores — palabra que comprende también a los obreros de este arte tipográfico, a cuyo frente figura el respetado don Fernando Coni — habiendo contribuído todos al prestigio de esta revista, empresa idealista en que han puesto sus afanes los profesores y alumnos de la Facultad de Humanidades de La Plata.

RICARDO LEVENE.

Enero de 1930.

Homenaje a la memoria de Groussac

EL PARENTESCO DE LA HISTORIA Y DE LA ARQUITECTURA
SEGÚN GROUSSAC

Esta breve nota no refleja sino una impresión sobre Groussac, escrita al correr de la pluma, lejos de mis libros y apuntes.

La influencia de su personalidad en la formación de la cultura argentina ha sido profunda y será duradera. Conceptos nuevos, que introdujo de pueblos de brillante tradición literaria, aplicó por primera vez entre nosotros, en la elaboración del trabajo científico, en la crítica y en la inspiración artística, y el elogio que corresponde hacerle — antes que todo otro — es el de haber formado escuela sin cátedra oficial, señalando rumbos desde las columnas de *La Biblioteca* y en todas las páginas de sus libros.

Este espíritu solitario y fuerte ha herido con punzante ironía a tantos autores frívolos, y pulverizado la mala producción, desempeñando un ministerio intelectual, sin cuidarse de amigos y sin calcular el ímpetu de reacción de sus adversarios. Acción cultural, alguna vez injusta, en sus cáusticas notas, a las que se debe en parte el cambio en el clima de las ideas y de las valorizaciones críticas que forman la atmósfera intelectual que hoy respiramos.

Se sugiere, con las palabras escritas, el punto de vista de la trascendencia, en nuestro medio, de la obra de Groussac, contra la opinión que entiende que hemos rechazado su influencia por su carácter extraño y destemplado, siendo así que sus ideas han proliferado fecundamente incorporándose al bagaje literario e histórico de los hombres de estudio.

No es necesario insistir en el sentimiento de adhesión que nos ha profesado, aunque nos haya dicho palabras de reproche inspiradas en su autoridad y sinceridad, uniéndose profundamente a nosotros.

En el prefacio de *Mendoza y Garay* — único libro de Groussac que he traído hasta este lugar de descanso — después de la dedicatoria a Buenos Aires, dice al final que da con esta obra una prueba más de la honda simpatía que a sus cosas le vincula, casi al igual que a las propias.

Más valioso que decirlo, consiste en haberlo realizado con su producción intelectual, genuinamente argentina, entre la cual hago especial mención, en esta oportunidad, de su libro *Las islas Malvinas*, con el que nos ha prestado un singular y muy interesado concurso, echando por tierra la pretensión y validez

del título que oponían los ingleses a la posesión de aquellas islas argentinas.

Vale la pena repetir ahora algunas palabras sobre aquel grande asunto que fué la polémica acerca del Plan atribuído a Mariano Moreno, y que, en seguida de su publicación, dió motivo a que Groussac escribiera el primer artículo, evidenciando, sin pruebas pero con el poder de adivinación que lo caracterizaba, que aquellas páginas eran apócrifas, y atreviéndose a avanzar genialmente la opinión de que debían ser de un enemigo de la Revolución. Lástima grande que a este artículo le siguiera otro en que se rectificaba en buena parte, opinando ahora que el Plan debía ser obra de un exaltado de la Revolución.

Cuando publiqué el opúsculo *El plan atribuído a Moreno y las instrucciones a Chiclana*, probando definitivamente, veinticinco años después de la polémica, que Groussac había estado en la verdad en la afirmación de su primer artículo, me escribió una sentida carta, explicándome que aquel segundo había sido un error y que en una próxima publicación quedaría eliminado, como en efecto lo hizo en *Crítica literaria*, donde sólo inserta el primero, agregándole un *Post scriptum* con aclaraciones.

Además de esta gran cualidad de crítico, en Groussac vibraba siempre la condición de hombre de letras, y ambas dominaban sobre el pensador y el filósofo.

Para él, la historia era la resurrección del pasado, según la fórmula conocida, y desde este punto de vista fué artista, que asoció admirablemente, en la creación evocadora, la verdad y la belleza.

Tal fué su profesión de fe en punto a la teoría histórica, como puede leerse en el *Prefacio* del citado *Mendoza y Garay*, en donde explota contra la técnica histórica, su heurística y hermenéutica — como él repite — que pretende hacer de la historia una ciencia natural, cuando su verdadero parentesco existe en la arquitectura, dice.

Esta concepción de Groussac, según la cual la historia es síntesis de ciencia aplicada y de belleza, le ha conducido a la comparación con la arquitectura, como reza el título de esta nota.

Ya que el símil arquitectónico no deja un instante de solicitarnos — agrega — apenas necesitamos recordar que la atre-

vida esbeltez o la inaudita riqueza decorativa de las catedrales góticas no ha sido ni será obstáculo a su duración milenaria.

Groussac se opone, con razón, a considerar la historia como ciencia únicamente, en virtud de que los hechos humanos no se repiten y no son susceptibles de regirse por leyes. Pero la historia como ciencia del espíritu, o mejor como filosofía, es un sistema de verdades y exige del historiador, después de investigar sobre los restos y de reconstruir los hechos — en cuya labor Groussac ha sido maestro — la formación de un criterio para su interpretación general y aun universal, labor a la que Groussac no le señala significación.

El vistazo del pasado, para Groussac, además de verdadero es artístico, y no arranca a su espíritu la reflexión trascendental que era capaz de formular, no le invita a elevarse hasta abarcar el proceso de las series históricas o la marcha de un pueblo.

La historia no es una ciencia al modo de las de la naturaleza, pero es cada vez más una filosofía social.

Este punto de vista de la historia argentina explica mi diferencia con la opinión de Groussac, al considerar, por ejemplo, la dominación española y el desenvolvimiento de la Revolución de 1810, que he juzgado situando estos acontecimientos en el cuadro de la historia universal.

El edificio de nuestra historia que ha levantado este gran constructor de cultura que fué Groussac, se impone a nuestra conciencia por su solidez y decoración, para usar sus mismas palabras.

RICARDO LEVENE.

Rosario de la Frontera, julio de 1929.

(De *Nosotros*, nº 242, julio de 1929.)

Homenaje a la memoria del profesor Ángel Licitra

En la ciudad de La Plata donde se radicó a su llegada al país en 1903, falleció el 30 de octubre el doctor Ángel Licitra.

En la sesión del Congreso académico, realizada ese mismo día, el decano de la Facultad, doctor Ricardo Levene, elogió la

actuación del extinto en el cargo de profesor suplente de lenguas clásicas, destacando su sólida preparación, su modestia singular y el desinterés con que siempre sirvió a la Facultad. El Consejo se puso de pie en homenaje a su memoria, resolviendo, asimismo, enviar notar de pésame a la familia del doctor Licitra.

Al inhumarse sus restos, hablaron los profesores: Rafael Alberto Arrieta en representación del Colegio Nacional cuyo rectorado desempeña y Juan Chiabra, en nombre de la Facultad.

A continuación transcribimos ambos discursos.

DISCURSO DE RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Despedimos al profesor sabio y al hombre bueno. Sus largos años de vida argentina estuvieron vinculados a nuestro Colegio Nacional. Llegó al país en el período maduro de su juventud, recién casado, recién egresado de la Universidad de Roma, y se incorporó en seguida al instituto platense, donde enseñara sin interrupción su dulce idioma, hasta pocos días antes de morir. Yo fui su alumno en la época de su iniciación docente. Recuerdo que intercalaba, en su clase de gramática italiana, recitaciones y lecturas de sus autores dilectos. Nos hablaba de Dante con religioso fervor y de Leopardi con ternura contagiosa. Al evocar a sus poetas, evocaba la naturaleza pródiga de su solar nativo, el cielo sereno, la montaña ignea, el valle plácido, el mar maravilloso. Cinco lustros después, repetía a sus alumnos actuales la misma lección que oyéramos los de antaño, y continuaba hablando de sus poetas con amor invariable, y de su paisaje lejano con una nostalgia ya jubilosa, porque el sueño del retorno estaba próximo a la realidad. Ver nuevamente el cielo siciliano, era cuanto anhelaba para después de jubilarse; mas no morir allá, sino en la tierra de sus hijos. A ella lo entregamos definitivamente ahora; pero sus despojos vanse unidos a aquel sueño, también deshecho para siempre, que ha iluminado, tal vez, con resplandor postrero, los últimos instantes de su alma.

Y esa fué toda su vida entre nosotros, sus casi treinta años de vida argentina o, mejor dicho, platense. La gloria literaria le sonrió en la juventud como una diosa distante, aunque propicia; la lucha difícil y estéril de los días uniformes apagó sus esperanzas lentamente, sin destruir sus cualidades ni su amor a la belleza. Ese hombre, suave y melancólico, de candores infantiles y bondad inalterable, tenía en su corazón heridas siempre renovadas por la ciega brutalidad del desti-

no, por la incomprensión de los hombres, por la dureza del combate cotidiano con la necesidad. Pero una hora de lectura en el sosiego del hogar, junto a la esposa y a los hijos; una hora de viaje a través de un canto dantesco; una hora eclógica en la floresta virgiliana, compensaba la amargura de todas las demás y nos lo devolvía renovado, con los ojos benévolos brillantados por un fulgor juvenil.

Era un sabio modesto y cordial. Dominaba lenguas muertas; tenía una sólida cultura estética; conocía profundamente cuanto se refiere a Dante, su obra, su época y sus exégetas. Los que estuvimos a su lado recordaremos siempre sus enseñanzas y aquella naturalidad encantadora con que el humanista satisfacía nuestras ávidas consultas. Hubiera podido ser un crítico, un investigador, un historiador literario; las circunstancias mutilaron y dispersaron su esfuerzo; pero nos deja, asimismo, más de una página de noble erudición y fino arte.

¡Alma clara y generosa! Se ha ido y no podemos imaginar aún todo lo que perdemos con su partida. Porque en la amistad sencilla y purificadora de hombres como éste, que ya no nos pertenece, nuestro corazón, también herido, suele encontrar el consuelo y la confortación que no dan los poderosos.

Como rector y profesor del Colegio Nacional de la Universidad, despedido al maestro útil y expreso el dolor de sus compañeros. Como amigo, no podría despedirlo ni expresaros cuán pesado está mi corazón.

DISCURSO DE JUAN CHIABRA

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, me ha designado su representación en esta tan dolorosa despedida a nuestro dilecto y llorado amigo y colega, doctor Ángel Licitra.

En su oportunidad, saldrá acuñada en plomo la relación oficial de la obra fecunda realizada por el doctor Licitra como Consejero de la Facultad, como enseñante y como investigador.

Pero hay algo que necesito recordar en este momento; *algo* que nunca podrá acuñarse en plomo, ni ser objeto de relaciones oficiales que miran, sobre todo, al rigor del método y a la originalidad y eficacia de la investigación; *algo*, que *il labbro già non sa ridire*, y es vivo e indeleble en todos aquellos que le vimos actuar en nuestra Facultad, desde el decano, profesores y alumnos al más modesto de los empleados; *algo* de lo cual eran espejo fiel y expresión genuina esos labios, esos ojos, que ya han perdido su brillo, su armonía de sol, su sonrisa angélica, y están ahora fatalmente encerrados como materia inútil en ese ataúd. Ese *algo* es la bondad de Licitra; la bondad que es belle-

za interior, y los ojos ven, como observa Miguel Ángel, « doquier que giran ».

Podemos afirmar, como homenaje póstumo a un hombre que tuvo hacia el Dante el culto que un sacerdote tiene para con su Dios, que poseía Licitra : « Lo maggior don che Dio, per sua larghezza, Fésse creando... » la « bontate » que no sólo es « della volontà la libertate » sino, según el mismo Dante, « senno, scienza y capacità ».

La bondad del alma fué guía, aspiración y anhelo de toda la vida del doctor Licitra. Fué su vida como un jardín en continua primavera, y de ahí su optimismo matinal de sol, su ilusión de ramas siempre frescas y floridas, su fe sincera en el porvenir y en las conquistas de la cultura, su ardor en la enseñanza de la juventud, su propaganda activa y fecunda de la extensión universitaria, su espíritu de tolerancia y ecuanimidad en la valoración de la obra ajena. Tal conducta fué para Licitra, compromiso espontáneo de coherencia con la elevación cultural, en la cual sofocó tantas veces el grito del alma herida por la lucha entre la dura realidad y el ideal que brotaba en su nítido horizonte interior con rumbo al mar, al cielo azul, a los versos inmortales y a los mármoles clásicos de su Ragusa, perla de Sicilia, en donde nació.

Amó a Italia, a su *bella Italia*, como él repetía a menudo, en su historia, en su belleza y, sobre todo, en su esencia ; la esencia espiritual purísima de esa civilización itálica que, como se proponía demostrar en la obra que estaba escribiendo con verdadero « intelletto d'amore » cuando la muerte le sorprendió, nunca sufrió solución de continuidad histórica, desde la lejana aurora etrusca a sus más altas manifestaciones modernas.

Por todo eso, y por efecto de la honradez de su conciencia, pudo Licitra ser tan digno servidor de esta gran Nación, la República Argentina, de la cual reclamó con orgullo la carta de ciudadanía, porque sintió en ella la llama de un mismo amor doméstico, confundándose en su corazón noble, bueno y generoso el amor a la patria adoptiva donde nacieron y se educaron sus hijos y donde fué él mismo tan estimado educador hasta el último momento de su vida, con el amor a su hermosa patria de origen, como si fueran reflejo de una sola y única patria ideal, fundada en el precepto de amarse y ayudarse los unos a los otros.

A la señora esposa, y a los hijos del ilustre extinto, vayan nuestras más sinceras condolencias así como en nombre de la Facultad que represento.

**Acto de clausura de los cursos de 1929 en la Escuela Graduada
« Joaquín V. González »**

El 15 de noviembre se realizó en la Escuela Graduada « Joaquín V. González », anexa a la Facultad de Humanidades, un acto público, cerrando las actividades del año. En dicha oportunidad, el director de la escuela, profesor Vicente Rascio, pronunció el discurso que transcribimos a continuación :

Tócame cumplir, una vez más, el deber reglamentario de clausurar los cursos de la Escuela. De acuerdo con el decano de la Facultad de Humanidades hemos dado a esta ceremonia un carácter sencillo e íntimo : es una reunión en que en presencia de las autoridades universitarias, la Escuela da cuenta a los padres, por la voz de su director, de la manera cómo cumple la delicada misión social que le ha sido encomendada.

Debo proclamar, ante todo, que la Escuela, que ha procurado siempre ajustar su acción a los postulados de la moderna pedagogía infantil, va evolucionando incesantemente en su plan y en los métodos de enseñanza para realizar el ideal de la educación integral del alumno.

El razonamiento más elemental nos dice que la educación implica un fin, un tipo ideal que se quiere realizar y un medio para realizar ese fin. Ese tipo ideal, que flota ante los ojos del educador y que rebasa infinitamente los límites de la individualidad, penetrando con sus más profundas raíces en la comunidad humana, es lo que determina la Pedagogía con el auxilio de la Filosofía, que es Lógica : ciencia de la verdad ; que es Ética : ciencia de la voluntad ; que es Estética : ciencia del sentimiento artístico. Con esto quiero significaros que la escuela debe tener una firme orientación ideológica. Nuestra Escuela la tiene y es esa orientación la que sigue por los caminos que aconseja la moderna pedagogía social.

Para realizar ese ideal, la Escuela, que recibe inspiraciones superiores de la Facultad de Humanidades, va poco a poco, año a año, modificando sus prácticas, sin darse jamás por satisfecha con lo realizado. Y para mejorar a los niños hemos empezado por hacer efectivos sus derechos a la libertad, a la alegría, a la actividad y al amor.

Claro está que esos derechos tienen sus limitaciones, y que al hacer efectivo el postulado de la libertad no hemos reproducido el cuadro de Yasnaia Poliana, en que el maestro recibe del alumno la indicación

de las materias que han de estudiarse y de los métodos que han de seguirse, porque pienso con Guyau que la anarquía escolar es una detestable preparación para la vida organizada y legal de las sociedades actuales.

Hemos procurado hacer una escuela alegre. Lejos estamos de aquellos tiempos en que los niños tenían aversión a la escuela y a sus maestros ; en que se predicaba odio, se enseñaba con odio y se aprendía odiando. Hemos dado su lugar a los juegos, sin que por ello haya desmerecido en nada la seriedad de los estudios, y al hacer felices a los niños los hemos hecho mejores.

Pero mi deseo más vehemente ha sido el de fundar la disciplina escolar y la conducta de los alumnos sobre otra base que los castigos. Ello es posible si el maestro tiene todo el acopio de simpatía, de comprensión y de imaginación que se requiere para educar a un niño ; si se establece el amor como condición para castigar ; si al hacerlo el maestro supone siempre que aquel niño es un hijo amado. Claro está que con la aplicación de tales normas se llega a la eliminación, casi absoluta, de las sanciones negativas.

Estamos haciendo una escuela activa. Aquí la educación manual, con la carpintería, el modelado, la tipografía, el cultivo de la huerta, se halla en el mismo plano que la intelectual, la moral y la estética. Nuestros niños, que por regla general serán los universitarios de mañana, visten el *overalls* democrático, y lo llevan con la dignidad de pequeños obreros inteligentes. Y al mismo tiempo elaboran su miel intelectual en contacto con la naturaleza y con la vida, en vez de repetir las menguadas lecciones de los textos. Y al propio tiempo estudian idiomas y se inician en el conocimiento de los poetas y grandes autores de nuestra patria y de la humanidad.

Ese es, en líneas generales, el programa que voy desarrollando con la eficaz colaboración de los maestros, con el estímulo directo del decano de la Facultad que tanto interés demuestra en todo momento por la Escuela y por sus niños, y con el apoyo del señor presidente, merced a cuyas gestiones la Escuela cuenta hoy con los recursos necesarios para desarrollar un programa educativo en consonancia con ésta que muchos han llamado, con justicia, la hora de los niños.

Al clausurar los cursos de 1929, saludo en nombre de los maestros a los alumnos de sexto grado que egresan de la Escuela. A todos os he visto en los bancos pequeñitos de los primeros grados y ahora os vais, terminada la primera etapa de vuestros estudios, al colegio o a la escuela de enseñanza especial. Ya no os encontraré a diario, mañana y tarde, en el camino que conduce a la escuela y que luego me devuelve

a mi hogar. No recibiré ya, sino de tarde en tarde, el saludo sonriente de vuestros ojos, y eso pone una nota de suave melancolía en la tarde serena y luminosa. Vuestro éxito futuro es el único premio que espero para mis jornadas de sol a sol; el que esperan todas las que fueron vuestras maestras, desde las que hicieron de madrecitas tiernas en los primeros grados, hasta las que, madres más severas pero también amorosas, os guiaron al fin de vuestros estudios por sendas más difíciles, y templaron vuestro carácter al exigiros que cumplirais con verdadera probidad el deber cotidiano. Todas trabajaron con amor por vosotros, y bien que lo merecéis, niños, en retribución de un bien inmenso : esta constante puerilidad del corazón en que debemos mantenernos los maestros para obtener éxito en el desarrollo de nuestra misión.

Los deberes, las obligaciones que gravitan sobre los hombres son pesados y vosotros los hacéis ligeros. A veces, los hombres se desorientan y vosotros les enseñáis el camino. Las pasiones suelen esclavizar las almas de los hombres y vosotros las liberáis. Porque vosotros, niños, sois los sueños, las esperanzas, el sentido de la vida... Por vosotros progresa el mundo.

